Michel Butor

Suite parisienne

(Noctámbulo)

Era el tiempo de las sombras sobre las banquetas, de intermitentes señales luminosas, de gigantescas inscripciones sobre los aleros, de las últimas hojas del otoño colándose en los arbotantes y las casetas telefónicas, de los proyectores vueltos hacia el cielo, de rugidos de aviones y silbidos de altoparlantes sobre el rechinar de los autobuses, de los taxis frenando en el alto y soltándose en verde con sus faros semejantes a tulipanes y los rubíes de sus cuartos traseros.

Era el tiempo de los cines con sus taquillas, el cambio devuelto, las filas y las conversaciones sobre el tiempo, la familia o la primera plana del periódico, arrastrar y alboroto de zapatos, fotografías de algunas escenas, anuncios de programas por venir, los ceniceros para arrojar el cigarro apenas comenzado, los boletos partidos, las puertas acolchadas, las acomodadoras, los escalones, las butacas articuladas, respaldos para sumergirse e instalarse, y entre las espaldas y las orejas de las filas de adelante, los peñascos del Lejano Oeste, la espuma del mar, los peligros de la selva, los bajos fondos de Chicago, los techos de París, la gravitación en el espacio, los castillos escoceses, las ciudades medievales, faraones, largos besos, emperadores chinos y malvados muchachos de corazón enorme.

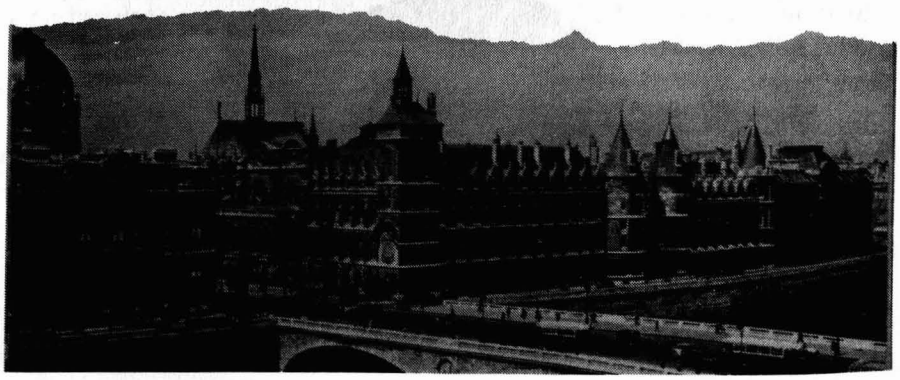
Era el tiempo de los menús multicopiados a la puerta de restaurantes de los cuales escapaba el vapor perfumado y el ruido de los cubiertos al paso de los clientes, con el vaho que empañaba los cristales, limpiado por algunas servilletas o manos desnudas, a veces anilladas, que dibujaban ventanas para sondear la noche, y a través de las cuales percibíamos los platos aún vacíos, las botellas descorchadas, los vasos a medio llenar.

Era el tiempo de las jaulas de vidrio en los cafés, de los vendedores de castañas asadas con sus cucuruchos de papel periódico, de pieles amontonadas sobre el perchero, de cervezas desbordadas sobre su base de cartón, de in-

Versión de Vicente Quirarte y Frédéric-Yves Jeannet

fusiones, de *croque monsieur,* de partidas de cartas, de ajedrez o de billar, discusiones sobre el próximo gobierno, el urbanismo, el porvenir del mundo, caricias furtivas, confidencias, luego desapariciones en la noche.

Era el tiempo de las callejas oscuras donde uno se desplaza entre los vehículos estacionados sobre las banquetas y las cortinas de metal bajadas sobre opérculos de luz agonizante; los frotamientos a lo largo de las bardas, bufandas al viento, los pretextos, las preguntas, las miradas, las dudas, los súbitos calores, las decepciones, la fatiga en las piernas, los pies ardiendo, la espalda adolorida, la garganta seca, las manos en los bolsillos y la nariz helada.

Era el tiempo de los aparadores de las floristas, crisantemos para el Día de Muertos, flores de Nochebuena con coronas de acebo y muérdago, pinos engalanados, enguirnaldados, emblanquecidos; los viejos mercados con sus coliflores amontonadas, las plumas de faisán, las cerdas de los jabalíes, las escamas de los dorados; las últimas vendedoras de rosas envueltas en papel celofán o de ramos de violetas provenientes del hemisferio sur, bogando de mesa en mesa y de un crucero a otro; los diamantes auténticos o falsos cintilando en sus estuches, tras rejas provistas de los sistemas de alarma más perfeccionados, azotados por un aguacero glacial y repentino; una borrasca de granizo o una nieve salida de viejos folletos obligaba a regresar, estremecido, al ruidoso *clochard* sobre una reja del metro, abrazado a su botella de a litro.

Era el tiempo de regresar a la estrecha buhardilla apenas calentada, el libro sujeto con ambas manos como para sacar de él todas las recompensas y todas las claves, pero que caía de los dedos entumidos antes del final de la primera página. Nos hundíamos en el sueño al percibir los lúgubres fulgores del alba, porque habíamos olvidado correr la cortina y apagar la lámpara. Éramos entonces estudiantes, en el umbral de todo. La ciudad era nuestra sabana y la medíamos sin tregua durante horas, flacos, atormentados, tratando de librarnos de nuestra inocencia como de un dolor de muelas, imaginando que nuestra juventud duraría para siempre, casi arrepentidos. ◊